

## LA COMPLEJIDAD CONCEPTUAL DEL PAISAJE EN ARQUITECTURA

**Carlos Ríos-Llamas**

Facultad de Arquitectura  
Universidad de La Salle Bajío, México

### RESUMEN

El paisaje, en el pensamiento arquitectónico, es portador de desafíos sociales y científicos que se generan desde las relaciones contemporáneas entre el ser humano, la naturaleza y los proyectos de intervención sobre el territorio. El anunciado fin de la territorialidad al que conduciría la globalización se ha visto contestado por el redoblado esfuerzo de volver al ámbito de lo local y reconstruirlo. Al mismo tiempo, la “vuelta al paisaje” y la “vuelta al territorio”, más que una repetición de la historia, disponen una oportunidad para la reconceptualización y actuación desde nuevos paradigmas y conceptos que permitan replantear la manera como se insertan los proyectos arquitectónicos en el medio natural. Por un lado, conviene revisar los fundamentos de la noción de paisaje que se nos revelan desde la historia, porque la historia corresponde con las diferentes maneras como el hombre ve el mundo. Por otra parte, desde la complejidad del paisaje en arquitectura, es importante reflexionar sobre las soluciones que se sugieren en el presente, y cómo las producciones constructivas participan en los procesos de transformación del espacio. En definitiva, se trata de cruzar las reflexiones teóricas con los procesos sociales y con los desafíos de la profesión del arquitecto, en aras de pensar la contemporaneidad de los paisajes desde la complejidad y su materialización arquitectónica.

**Palabras clave:** paisaje, complejidad, arquitectura, territorio

### ABSTRACT

*Landscape, in architectural thinking, faces social and scientific challenges generated among the contemporary net of the human beings, nature and the design interventions on the territory. The so-called death of the territory in the global era has been contested with a renewed coming back to the local sphere and rebuild it. This “return to landscape” and “return to territory” does not imply repeating history, but a new conceptualization and action from new paradigms. The importance of the analysis of concepts such as landscape and territory, aims to rethink artificial interventions in the natural environment. On the one hand, it is convenient to review the foundations of the notion of landscape that are revealed to us from history, because history corresponds with the different ways that man sees the world. On the other hand, from the complexity of the landscape in architecture, it is important to think on the sketches of solutions that are suggested in the present, and how plastic productions participate in the processes of transformation of space. In short, this paper is about crossing intellectual concerns with scientific processes and the challenges of the profession, in order to think about the contemporary from its own complexity.*

**Keywords:** landscape, complexity, architecture, territory

*«Un momento prolongado de incertidumbre se ha instalado sobre el mundo: las vidas precarias duran más tiempo y nos vamos acostumbrando a ello. El “kit de emergencias”, y en general lo provisional y desmontable, han penetrado hasta la arquitectura, la industria y el arte».*

*Agier, 2013:5*

## INTRODUCCIÓN

El paisaje, que algunos creyeron que había pasado a formar parte de los conceptos del pasado, de esos estudios que pertenecen a una época o una tradición histórica particular, se ha convertido en una noción muy atractiva para el pensamiento contemporáneo del territorio. De hecho, desde una mirada más artística se podía pensar que la noción de paisaje pasara al “repertorio de la nostalgia” (Dagognet, 1982:7) para situarla en un periodo superado por la historia y la sociedad. Por otro lado, el enfoque ecológico que considera al paisaje como “environment” (entorno) ha ganado fuerza frente a otras disciplinas como la geografía, el diseño urbano y la arquitectura del paisaje (Mahan y Mansouri, 2017: 17). La consecuencia de estas aproximaciones basadas en un pensamiento objetivo del paisaje es que lo redujeron a una serie de componentes físicos. Otros insisten en que a pesar del auge de la noción de paisaje a partir de 1980, los abordajes obedecen mayormente a una sumatoria de miradas desde las diferentes disciplinas que no termina por integrarse (Bédard, 2009:2). No obstante, la concepción del paisaje reaparece y gana interés en una época concentrada en el riesgo climático porque, “aunque nunca tuvimos tantos arquitectos del paisaje [como ahora,] tampoco habíamos tenido paisajes tan devastados [como si] entre más pensáramos acerca del paisaje, más lo masacráramos (Berque, 2013, 3-4). El problema está, entre otras cosas, en que la conceptualización predominante del paisaje lo ha situado al nivel objetivo de los recursos (Troll, 1977; Steiner, 2011), y las intervenciones sobre el mismo se hacen desde la perspectiva hegemónica de la tecnificación y manipulación humana del medio natural.

Las relaciones entre el ser humano y la naturaleza dependen de múltiples factores porque

“cada sociedad y cada comunidad posee y ejercita un saber o conocimiento del espacio, que surge en el proceso de transformación de la naturaleza inherente a la propia reproducción social” (Ortega, 2000:27). En esta lógica, cada grupo social tiene un conocimiento particular del entorno en el que habita, pero también de las maneras como lo representa y lo modifica, de modo que el entorno se convierte al mismo tiempo en un saber y práctica territoriales. Esta doble dimensión del espacio, que corresponde con el espacio como se piensa y el espacio como se delimita, permite la identificación de diferentes territorios con sus características y fronteras propias, pero además revela el vínculo que guarda el territorio con aquellas particularidades que le confiere la acción humana.

Steiner considera que el diseño de paisaje engloba al mismo tiempo procesos naturales y culturales (2011: 233), pero los enfoques ecológicos siguen privilegiando la noción de paisaje como una plataforma física sobre la que intervienen los arquitectos y urbanistas. Más allá de las dicotomías entre la naturaleza y la cultura, existen conceptos intermedios como “paisaje”, que permiten un ejercicio de reflexión desde la multiplicidad de componentes y de vinculaciones que se establecen entre el ser humano y la naturaleza. De esta manera el paisaje aparece como una nueva perspectiva de los estudios del territorio, para oponerse a las teorías pragmáticas del Nuevo Urbanismo con una mirada menos lineal y más dinámica de la ciudad y de la arquitectura (Waldheim, 2006).

La recuperación de la noción de paisaje tampoco implica necesariamente un estudio de corte histórico del término y su evolución, lo que exigiría, dice Luginbühl, un ejercicio filosófico del pensamiento sobre el espacio y sobre la naturaleza

que es inclusive anterior a las lenguas europeas (2007:28) porque la primera idea del paisaje rebasa la historia de occidente y se desarrolla desde civilizaciones más antiguas como las del continente asiático. Por esto mismo interesa, en lugar de buscar el origen del término, replantear el concepto a partir de las principales teorías que permiten actualizarlo y ponerlo en tensión con las propuestas de pensamiento y producción arquitectónica contemporáneas, en aras de construir un marco integrado para la lectura multidimensional del espacio.

La intervención sobre el paisaje que emprenden los profesionales del urbanismo, la arquitectura y el diseño, aún la intervención más modesta, modifica la totalidad del paisaje que conocemos. De aquí se entiende el interés por ir más allá de la arquitectura y el urbanismo y estudiar el paisaje desde otras disciplinas como la geografía, la historia, la sociología y la filosofía. Actuar sobre el paisaje, por lo tanto, es una tarea interdisciplinar porque en cada transformación convergen una gran cantidad de habilidades y responsabilidades, al tiempo que se entrelazan múltiples concepciones y puntos de vista. En su pensamiento y actuación sobre el paisaje, cada proyecto de diseño e intervención arquitectónica esboza la especificidad de sus alcances y su compromiso por la transformación del mundo sionatural contemporáneo.

Aunque la arquitectura pretende concentrar e intensificar la potencia del paisaje, el ejercicio de diseño divaga entre la modificación del mundo natural y la protección del mismo. Es cierto que el paisaje en sí mismo tiene una capacidad estética objetiva que se impone ante la mirada humana en forma de sublimación, contemplación y recogimiento (Dagognet, 1982:10), pero también es cierto que la contribución de la arquitectura puede materializarse en un elemento físico que exalta y condensa el potencial existente en el medio natural. No obstante, la contemporaneidad aparece marcada por un discurso materialista que “reduce el humano a ser vivo y el ser vivo al mundo físico” (Berque, 2013:54). Además, las disciplinas como la

ecología no han podido, hasta la fecha, librar el pensamiento sobre el medio natural de la racionalidad lineal que lo concibe como “objeto” de análisis desde su composición física. No obstante, la intervención del paisaje desde ámbitos más plásticos como las artes y en particular la arquitectura, exige una atención pluridimensional sobre el espacio físico, las dinámicas ecológicas y la cultura material del mundo contemporáneo. El enfoque, en este sentido, tendería a una lectura del paisaje desde su transformación constante cuando se cruza con la práctica artística y el pensamiento arquitectónico.

Las diferentes maneras como se ha pensado y conceptualizado el paisaje ayudan a entender su pertinencia para interrogar a la contemporaneidad. En segundo lugar, es importante contextualizar este pensar complejo con el materialismo y tecnificación de la arquitectura que caracteriza las últimas décadas. Finalmente, se trata de plantear una posible convergencia y movilización de los desafíos intelectuales de varias disciplinas que se condensan desde la noción de paisaje para repensar la configuración sociopolítica y sociocultural de la arquitectura de inicios del siglo XXI.

## 1. LAS PRINCIPALES CONCEPCIONES DEL PAISAJE

De acuerdo con Dagognet, el término paisaje aparece en el siglo XVI como resultado de los mapas geográficos y de las campañas militares (1982:19). El autor explica que para este momento el término hacía referencia al gráfico que se utilizaba como recurso para que los ejércitos y sus líderes pudieran vigilar un sitio. Por tanto, la idea de paisaje estaba asociada con las de seguridad, poder y dominación, que más tarde se expresarían en la delimitación del territorio con mapas. Esta manera de concebir el paisaje como un “recorte del espacio” coincide con las dinámicas de apropiación por medio de límites que ayudan a consolidar el territorio (Ortega, 2000:29). Por eso medir y delimitar son actos fundamentales para la definición de los paisajes, ya que en la definición de los límites se expresan al mismo tiempo la conceptua-

lización y representación de los espacios.

Por otro lado, no todo el espacio parece susceptible de pensarse como paisaje. En primer lugar porque el ser humano no concibe un paisaje aterrador o inmenso sino un paisaje atractivo y bien definido. Tanto su carácter de medible como la identificación de los componentes permiten que el paisaje pueda sintetizarse tanto en el marco de una pintura como en el texto de un poema (Dagognet, 1982:12). En definitiva, el paisaje rebasa los códigos de una realidad objetiva para instaurarse en el campo epistemológico de los instrumentos de análisis, es decir que la complejidad del concepto es resultado de su incomprendibilidad unívoca y de las múltiples dimensiones y disciplinas que involucra. De aquí que convenga hacer un breve planteamiento del paisaje en varias épocas y desde distintas disciplinas.

#### **EL PAISAJE FÍSICO-NATURAL, ENTRE LA GEOGRAFÍA Y LA ECOLOGÍA**

Durante varias décadas la comprensión del paisaje se disputaba entre dos posturas geográficas: la geografía física y la geografía humana (Luginbühl, 2007:29). Mientras que la geografía física concibió el paisaje desde su dimensión biológica y las secuencias e interconexiones del medio natural, la geografía humana proponía una lectura del paisaje desde el lugar que la naturaleza le otorga al ser humano. Por el predominio de la geografía física, en este abordaje la transformación del medio natural mediante intervenciones como la arquitectura se verían como un ejercicio de creación de las condiciones físicas del medio, es decir, un trabajo constante de creación de paisajes a partir de la introducción de formas estéticas y elementos simbólicos que modifican el medio natural y lo reconstruyen en una versión totalmente inédita. El problema es que en esta óptica el paisaje arquitectónico surge gracias a la muerte del jardín salvaje y la domesticación de la naturaleza. Esta mirada permitiría, sin embargo, una separación selectiva entre los territorios urbanos, rurales y agrestes de acuerdo con el grado de intervención humana que hayan tenido, pero la configuración del paisaje

que se promueve desde este enfoque es una suerte de “teatralización de la naturaleza” a partir del diseño arquitectónico.

En contraparte, algunos geógrafos reconocidos como Vidal de la Blache, criticaron que la geografía física se hubiera concentrado en el análisis de la Tierra y la influencia que ejerce sobre el ser humano, para luego hacer generalizaciones que obviarán las particularidades del medio local y los contrastes entre distintos lugares (Ortega, 2000:174). Además, como indica Berque, “el entorno físico no puede, desde su mera substancia objetiva, dirigirse hacia el espíritu” (2013:51), lo que significa que el paisaje por sí solo no puede ser un determinante de la condición humana.

Como protesta a esta mirada del paisaje, la ecología introdujo un planteamiento más sistémico para entender las relaciones entre el medio natural y la actividad humana. Se argumentaba que el sentido del paisaje depende no solamente de las acciones de los humanos sino de la biodiversidad y el funcionamiento de los ecosistemas. No obstante, ni la geografía física ni la ecología lograron explicar la influencia que ejercía el medio ambiente sobre las cuestiones sociales y culturales. Como consecuencia, algunos geógrafos reconocieron que muchos campos de la acción humana escapaban a la determinación geográfica, como el de la administración, la organización económica, política, religiosa, artística y científica, dado que este tipo de actividades pueden desarrollarse en cualquier lugar y en condiciones físicas completamente diversas (Ortega, 2000:174).

El mayor problema de la perspectiva geográfica es que intervenir el paisaje se considera como una tarea de control del metabolismo rural-urbano. Anteriormente, para la población agrícola el paisaje era esencialmente un espacio de trabajo (Simon, 1995:3) y había una diferencia importante entre el espacio habitado y el paisaje. Pero en el mundo contemporáneo, aún en los entornos rurales, la mirada sobre el paisaje ha ido cambiando porque ya no necesariamente es visto como un ámbito separado de la vivienda, a la que se reco-

noce también como elemento constitutivo del paisaje. Ahora el paisaje rural implica al mismo tiempo un componente de naturaleza y la presencia de casitas y habitantes como si se tratara de un episodio bucólico de poesía. Al mismo tiempo, la aparición de las industrias inmobiliarias y la explosión de viviendas en las zonas rururbanas siguió una lógica de *tam quam tabula rasa* transformando completamente los paisajes de manera intempestiva y violenta. La mirada geográfica, por tanto, se observa por sí sola limitada para entender las lógicas económico-políticas y las dinámicas culturales que subyacen a la transformación del paisaje.

### EL PAISAJE COMO PRODUCCIÓN CULTURAL-ARTÍSTICA

El paisaje es también un “producto aleatorio del encuentro entre el universo material y la mirada [humana]” (Donadieu, 1996:99). Desde esta óptica la noción del paisaje estaría íntimamente ligada a las producciones culturales, como puede apreciarse en diferentes momentos de la historia. De hecho el primer antecedente del paisaje como producto de la cultura se puede ubicar en la Europa del siglo XVI. Tanto los pintores y arquitectos como la sociedad en general establecieron formas de apropiación del medio natural que derivaron en obras de arte, diseño de jardines palaciegos o la multiplicación de paseos arbolados en torno a los centros urbanos. Estas dinámicas se prolongaron durante los siguientes siglos, pasando, primero por el ajardinamiento de las ciudades, y luego por un proteccionismo del paisaje a manos de intelectuales y artistas que defendieron el medio natural de la destrucción humana. Como un momento especial de este enfoque, en el periodo de entreguerras se propagan desde Italia y Alemania una serie de ideas que contrastarían con la propuesta científica, eminentemente racionalista, desde la que se estudiaba el territorio (Ortega, 2000:177). Entre las nuevas ideas se recupera la dimensión cultural del paisaje, al margen de la lógica científica y atendiendo más bien las reflexiones de carácter histórico, literario y filosófico.

Desde la perspectiva cultural, “el paisaje per-

tenece por un lado al mundo artístico y por otro lado a la geografía” (Luginbühl, 2007:29), de tal manera que el estudio del mismo se podría conferir a la historia y las ciencias humanas, que lo entienden como resultado de procesos culturales (Ortega, 2000:178). El país y el territorio, en este sentido, son consecuencia de la configuración de identidades o personalidades propias que luego se manifiestan en la delimitación del espacio físico. Como consecuencia para la arquitectura, el paisaje construido no podría ser sino un reflejo de las culturas locales.

Al contrario de la geografía física y la influencia del medio natural sobre el ser humano, en el enfoque cultural el pensamiento “se concentra en la meditación [a partir del paisaje y] no en la objetivación del paisajismo como un objeto del pensamiento” (Berque, 2013:13), es decir que el paisaje es un producto de la reflexividad del ser humano que se materializa en sus representaciones culturales y artísticas. Algunos como Luginbühl consideran que la concepción cultural deriva en una “artificialización” del medio natural donde el paisaje no puede ser sino un producto de la cultura (2007:32). No obstante, el arte parece haber abandonado al paisaje. Sobre todo durante la segunda mitad del siglo XX. La pintura se alejó de la naturaleza como uno de sus temas privilegiados y la fotografía redujo al paisaje a uno más entre sus múltiples objetos. De modo que en nuestros días el paisaje ya no ocupa un lugar central en la creación artística y la postura cultural se ha visto rebasada por el mercantilismo neoliberal que violenta la naturaleza.

En los estudios del urbanismo, algunos como Kevin Lynch proponen una noción del paisaje que se concentra en los aspectos visuales (Maham y Mansouri, 2017: 20). La consecuencia es una línea de intervención sobre el territorio donde se privilegia la organización visual de las ciudades que se resuelve en la relación subjetiva entre el observador y su entorno. Desde este enfoque se seguiría que el paisaje es una producción intelectual de la mente humana, cuyo horizonte de diseño debe también trabajarse más en el ámbito poético de la cultura

donde se perfilan las miradas, y no en el ámbito físico de las construcciones materiales.

El mérito del enfoque cultural del paisaje es su protesta ante el determinismo al que conduciría la geografía física. Aquí el paisaje se definiría menos por la influencia del medio natural en el hombre y más por sus vínculos con el mismo. Como afirma Berque, “el paisaje se constituye en un mecanismo del pensamiento que rebasa los dualismos sujeto-objeto desde un compuesto dinámico que “estructura la vida humana” (2018:2). Esta propuesta alternativa al dualismo se concentra menos en las determinaciones y más en las relaciones bidireccionales entre el hombre y el mundo. No obstante, entre las limitaciones de la perspectiva cultural del paisaje, y de acuerdo con las críticas de Luginbühl, suele decirse que este enfoque es eminentemente histórico y filosófico, al grado del menosprecio de los aspectos sociales que también determinan las lógicas territoriales. Más allá de las dinámicas culturales, tanto las organizaciones como las jerarquías políticas participan en los procesos de concepción y gestión del territorio, y por lo tanto en la mutación de los paisajes culturales. Además, se suele caer en una estética contemporánea del paisaje que lo aleja cada vez más de su fundamento en el mundo físico, porque “entre más se acerca la experiencia estética del paisaje a la producción [artística], más disminuye la parte de la representación que se atribuye a la naturaleza” (Ricard, 2009:19).

### **EL PAISAJE COMO PRODUCCIÓN SOCIAL**

En contra del determinismo del medio natural sobre el ser humano, y en un ejercicio crítico de la perspectiva cultural del territorio, la propuesta de conceptualización del paisaje como una producción social hunde sus raíces en los trabajos de la sociología francesa y el neomarxismo norteamericano con autores como Lefebvre (1974) y Harvey (1977). Ambos autores conciben la producción social del espacio desde las tensiones con que se determinan los grupos sociales y la distribución del territorio. Desde esta perspectiva tanto el espacio

en general como el territorio y el paisaje, se definen en un sentido mucho más relacional de las organizaciones sociales y los determinantes físicos y temporales (Hasbaert, 2007).

Las reflexiones socioespaciales en torno al paisaje se pueden encontrar también entre los intelectuales de la geografía humana. Los teóricos de esta tendencia se interesaron por las transformaciones sociales y su proyección en límites espaciales, además del incremento de la desigualdad espacial entre las élites y los grupos populares. El territorio se entendía como la forma resultante de la transformación de los paisajes rurales, urbanos y periurbanos, y el concepto de paisaje “como una construcción social, un producto perceptible de las interacciones entre los procesos sociales y los procesos biofísicos por un lado, y entre la dimensión material y la dimensión inmaterial de la naturaleza por el otro” (Luginbühl, 2007:34).

Si bien es cierto que desde la perspectiva cultural se rechaza la idea de que el paisaje fuera “una mera construcción de la mirada humana [...] y que más bien se establece desde] la relación que tenemos con el entorno” (Berque 2013:30), la corriente cultural abrió la puerta a una concepción de paisajes contaminados y degradados como obras bellas (Luginbühl, 2007:36), lo cual representa un problema grave tanto para el enfoque ecológico de la geografía física, como para una perspectiva social que se traza desde las relaciones del colectivo humano con el medio natural. En este sentido, la construcción social del paisaje intenta desincribirse de dos principales errores de las posturas anteriores: el primero es que la geografía física otorgaba a la Tierra un papel determinante de las relaciones sociales (Ortega, 2000:168), y el segundo es que el enfoque cultural, en su apertura a diferentes puntos de vista sobre el medio natural, conducía a un alto grado de relativismo donde todo paisaje podría ocurrir en cualquier momento y en cualquier lugar. Al contrario, en la perspectiva social se afirma que todo lo que ocurre está influenciado no solamente por el ámbito físico geográfico del mundo, sino por una configuración histórica y

política particular.

En cuanto a la construcción de la sociedad y las implicaciones del paisaje, Bédard reconoce que las identidades se forjan en el fundamento de una identidad compartida que va más allá de la historia y de la geografía de cada territorio (2009:2). En este sentido, el paisaje implica no solamente rebasar las dicotomías de naturaleza y cultura sino pensarlo como una producción de los seres humanos que al mismo tiempo reproduce la sociedad que en él se inscribe.

El paisaje, en este recuento sociohistórico, posee “una significación utopista porque dirige a una armonía dual: esta armonía es a la vez la del hombre con su prójimo, y la que debe tener con la naturaleza” (Luginbühl, 2007:36). En lo concreto del diseño arquitectónico y su concepción del medio natural, el paisaje como una producción social habría de articular tanto las condiciones del medio natural como las dadas por las organizaciones humanas en esta relación indisoluble con el mundo en el que habitan. Las intervenciones a partir de proyectos no solamente configuran los territorios a partir de una sugerencia de límites y elementos materiales, sino que reorganizan y redistribuyen constantemente las relaciones socioespaciales de la sociedad. Si bien es cierto que el paisaje es una noción que obedece más al orden intelectual que natural (Cauquelin, 2004), es decir, que es una invención humana, no se puede negar que esta noción es de carácter colectivo y que obedece al conjunto de órdenes que rigen a la sociedad, lo que rebasa el riesgo de una concepción meramente subjetiva e individualista del paisaje.

## **2. MODERNIDAD Y DESTERRITORIALIZACIÓN. PRIVATIZACIÓN DEL PAISAJE Y ARQUITECTURA RAPAZ**

La modernidad y la globalización se afianzaron sobre ideas de progreso y desarrollo por encima de cualquier frontera física. El discurso de un mundo sin fronteras y de la acumulación de bienes en manos de la humanidad está en el núcleo tanto de la concepción moderna como de las lógicas globalizadoras del neoliberalismo. No obstante, la primera condición de una globalidad en estos

términos era que se había dado por hecho la desterritorialización. Este mito de la desterritorialización, dice Hasbaert (2007), es la creencia de que el ser humano, y en general la sociedad, podrían vivir sin territorialidad como si con solo destruir los anteriores límites políticos no se hubiesen generado nuevas fronteras.

En *La condition cosmopolite* (2013), Michel Agier explica que el cosmopolitismo, la idea de un “ciudadano del mundo, sin fronteras”, se constituye también a partir de límites territoriales que van más allá de las demarcaciones de conflictos bélicos. La afirmación de los estados nación en la contemporaneidad se traza más allá de los límites físicos y se negocia en una escala más amplia, pero también más débil. En este sentido, Agier considera que las fronteras de la época global no solamente persisten, sino que se multiplicaron y se amplificaron, al mismo tiempo que se volvieron más frágiles. Como consecuencia de una mirada global del mundo, el pensamiento del paisaje derivado de la globalización lo reduce a las coordenadas cartesianas del espacio físico, y luego lo gestiona como un recurso material que permita el progreso y la concentración de capital; por eso en esta perspectiva la determinación final de la arquitectura y del paisaje se resuelve en el desequilibrio constante de fuerzas supranacionales.

La arquitectura, en esta mirada objetivista del paisaje como recurso, se ha visto envuelta en una suerte de producción de *landscapes* gracias a la destrucción del medio natural, es decir, que en una conjugación de la mirada poética del paisaje en términos culturalistas, y sumando la utilización de la Tierra como materia prima para la creación de objetos materiales estetizantes, multiplica sus intervenciones planetarias bajo la idea de progreso y desarrollo humanos. No obstante, se trata de un pensamiento arquitectónico poco reflexivo y que “tiende hacia el exterior” como si el paisaje se pudiera enmarcar haciendo un recorte de la realidad desde la ventana del edificio.

El grave error del pensamiento moderno del paisaje y la arquitectura es, en primer lugar, que la

naturaleza vista como recurso tiene un límite, y en segundo lugar, que la manera como se conceptualiza el paisaje como recurso natural o recurso cultural conduce a su privatización. A diferencia de estos enfoques, en la perspectiva social el paisaje es considerado como un espacio constantemente negociado entre los grupos humanos y las potencias de la naturaleza, pero siempre se inscribe en el ámbito del “bien común” que no puede condenarse ni al espacio privado de las élites económicas, ni al espacio público gobernado por las élites políticas. El problema, dice Berque, es que nos encontramos hoy en medio de una gran contradicción porque: *la demanda de paisajes [...] es ampliamente formulada en nombre de la subjetividad que difícilmente tendría algo en común con el entorno objetivo considerado como una realidad ecológica o económica. Por otro lado, podría ser que en el fundamento del cientismo, la ecología o la economía quisieran reducir el paisaje a sus propios sistemas (ecosistemas o mercados), los cuales en sí mismos no tienen nada que ver con la estética ni la moralidad, y mucho menos con el pensamiento del paisaje (2013:52).*

En definitiva, la problemática que nos interesa es que el paisaje en arquitectura se haya convertido en un recurso burgués y propio de los actores dominantes, que además deriva en la segregación socioespacial. En la época actual son estos grupos minoritarios los que pueden permitirse la creación de marcos arquitectónicos desde los que observan y contemplan los paisajes en una versión culturalista reducida al espectáculo. Además, la persistencia de la territorialidad y la demarcación de fronteras como resultado de un proceso de dominio económico-político, evidencia la disimetría entre los diferentes grupos sociales frente al medio natural y la constitución de fronteras físicas, culturales y políticas. Hace falta pensar el paisaje en otros términos que rebasen lo meramente físico o lo poético cultural, y que desde la complejidad socioespacial del paisaje se regenere la arquitectura, esto es, entender la heterogeneidad de los horizontes y su irreductibilidad a la racionalidad y linealidad de la arquitectura moderna.

### 3. RE-TERRITORIALIZAR EL MUNDO DESDE LA COMPLEJIDAD DEL PAISAJE

En nuestros días el paisaje se conceptualiza, por lo general, desde los proyectos enfocados hacia el desarrollo territorial. Más allá del campo intelectual y el mundo científico, los tomadores de decisiones sobre el paisaje son especialistas que pertenecen a los organismos políticos y la planificación del territorio rural-urbano. Desde la emergencia de reflexiones en términos ecológicos, una creciente movilización proteccionista sigue propugnando la noción de un paisaje que se debe cuidar tanto por el bien del ser humano como en anticipación de las generaciones futuras.

La arquitectura, en un pensamiento que rebasa el postulado dicotómico de lo natural y artificial del paisaje, encuentra en la complejidad una alternativa para pensar el territorio desde el espacio compartido y el bien común. Es, precisamente, en el espacio de lo común donde el paisaje puede integrar al mismo tiempo las condiciones físico-biológicas y las interacciones con el ser humano tanto en la escala individual como colectiva de las sociedades. En cuanto a la arquitectura, además de la dimensión cultural y artística, un pensamiento desde la complejidad del paisaje implica que cada proyecto fuera una actuación desde la doble responsabilidad con el medio natural y con la sociedad, rebasando así la camaradería con el orden económico de las élites y el cumplimiento con el orden político representado por el estado.

Además, la complejidad del paisaje implica la comprensión de la multiterritorialidad con que el ser humano experimenta el espacio (Hasbaert, 2007), porque en el mismo momento se tiene la conciencia de distintos ámbitos que constituyen nuestros pensamientos y representaciones del mundo. Por ejemplo, cuando pensamos el paisaje desde un caso y lugar específicos, en esta conceptualización se activan diferentes recursos como la memoria (territorialidades asociadas el pasado) y las aspiraciones o utopías futuras (territorialidades trazadas en proyectos simulados). De este modo, el ejercicio arquitectónico opera en un complejo

de espacio y tiempo, pero también en una negociación constante de aspectos sociales, económicos y político-culturales, que incrementan la densidad de información y ratifican la complejidad del pensamiento territorial.

Más allá de la sola satisfacción de los poderes políticos, los actores de proyectos paisajísticos le apuestan cada vez más al bien común. En Europa, por ejemplo, existen múltiples programas de investigación concentrados en un abordaje del territorio desde la manera como los grupos sociales negocian los proyectos de intervención en términos del bien común (Luginbühl, 2007:37). La confluencia de diferentes perspectivas y el trabajo interdisciplinar entre profesionistas, abonan tanto a una construcción conceptual del paisaje menos lineal y más compleja, como a proyectos arquitectónicos que se concentran en la exploración de diversos intercambios entre el sujeto y el entorno.

Quizá la primera frontera que hay que romper en arquitectura es la de una concepción objetiva del paisaje, es decir, rebasar la idea de un mero “paisaje exterior” que está alrededor y que se puede recortar ante la vista humana para contemplarlo. Sucede que “el recorte es engañoso [porque] la contemplación evidentemente no es meditación” (Berque, 2013:1), y por lo tanto la comprensión paisajística desde una mirada naturalista es reductiva. En síntesis, la doble determinación del paisaje es problemática porque hay un vuelco unidireccional del pensamiento, ya sea hacia la verticalidad de una escala entre las especies (humano, animal, vegetal, mineral), o hacia la mera producción del paisaje a partir de las ideologías.

Como alternativa, la concepción compleja del paisaje estriba principalmente en la indisolubilidad de la naturaleza sociedad como un concepto integrado. Si, además, se toma en cuenta la operatividad del paisaje cuando se traduce en acciones que impactan el territorio, las disciplinas como la arquitectura se convierten en una ocasión apropiada para poner de manifiesto las múltiples relaciones que componen el medio humano-natural. La organización social, por otra parte, permite

comprender los procesos de los colectivos humanos y su influencia sobre las maneras de pensar el mundo y, en definitiva, de proyectar el espacio en que habitamos.

Es importante reconocer que, en la contemporaneidad financiera y el marketing inmobiliario, muchos proyectistas y arquitectos suelen explotar los marcos visuales del paisaje para producir un paisaje-objeto. Este es el caso se utiliza el ingenio de las operaciones financieras para vender “imágenes de ventana” (Dagognet, 1982:12). Lo peor de todo es que este paisaje que se concibe en muchas obras y proyectos de la acción pública se reduce a una mera “escenificación de la naturaleza” donde no se cuestiona en absoluto el impacto sobre el medio natural, la falta de vinculación con las culturas locales y la desorganización de los territorios o espacios sociales.

## CONCLUSIONES

Cuando la arquitectura se cuestiona a sí misma desde sus relaciones con el medio humano y el territorio, al mismo tiempo se sitúa entre las dinámicas contemporáneas de configuración del espacio y de frente a las concepciones hegemónicas para pensar los procesos de intervención. El paisaje es una producción entre el ser humano y el medio natural, en la que ninguno es determinante del otro. De hecho el paisaje no surge sino a partir de la articulación entre la sociedad y la naturaleza en una multiplicidad de relaciones. Ni el medio físico terrestre determina al ser humano, ni el individuo inventa su paisaje a partir de ideas y creencias particulares.

El pensamiento complejo del paisaje implica, para la arquitectura contemporánea, un acto reflexivo de la constitución del medio en el que habita el ser humano y de las relaciones que posibilitan la organización del espacio en términos de individuos, especies, ambientes, grupos e instituciones. Más allá de toda verticalidad y jerarquía, se trata de pensar desde un paisaje que se configura a partir de vínculos horizontales y desde una actividad constante de intercambio. El planteamiento de los proyectos de diseño e intervención sobre el territo-

rio exige, más que un estudio del medio físico objetivo, un análisis del pensamiento sobre el medio en el que habitamos. Será entonces, colocando a la sociedad en el centro de los debates sobre el paisaje y analizando las formas en las que se expresan las relaciones del hombre con el mundo, como se pueda romper con el pensamiento binario que separa al ser humano y la naturaleza, para conceptualizar la arquitectura desde la complejidad de los paisajes en los que interviene. ¶

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agier, Michel (2013). *La condition cosmopolite. L'anthropologie à l'épreuve du piège identitaire*. París: La Découverte.
- Bédard, Mario (dir.). (2009). *Habiter la terre : le paysage, un projet politique*. Mario Bédard (dir.), *Le paysage: Un projet politique* (pp. 1-12). Québec: Presses de l'Université du Québec.
- Berque, Agustin (2013). *Thinking through Landscape* (Anne-Marie Feenberg-Dibon tr.). Nueva York: Routledge.
- Berque, Augustin (27 de agosto de 2018). Entrevista a Augustin Berque sobre la noción de "mesología". *Actu-Philosophia* [revista en línea] [www.actu-philosophia.com](http://www.actu-philosophia.com)
- Cauquelin, A. (2004). *L'invention du paysage*. París: Presses universitaires de France.
- Donadieu, Pierre (1996). *Paysage au pluriel: pour une approche ethnologique des paysages* [reseña]. *Courrier de l'Environnement de l'INRA*, 28, pp. 90-91. Disponible en <https://hal.archives-ouvertes.fr/hal-01216492/file/C28biblio%20-%20copie%204.pdf>
- Haesbaert, Rogério da (2007). *O mito da desterritorialização: do "fim dos territórios" á multiterritorialidade*. Río de Janeiro: Bertrand Brasil.
- Harvey, David (1977). *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI.
- Lefebvre, Henri (1974). *La production de l'espace*. París: Anthropos.
- Luginbühl, Yves (2007). *Pour un paysage du paysage*. *Economie Rurale*, (297-298): 23-37 [en línea] <https://economie.rurale.revues.org/1931>
- Mahan, Amin y Mansouri, Seyed Amir (2017). *The Study Of "Landscape" Concept with an Emphasis on the Views of Authorities of Various Disciplines*. *Bagh-e-Nazar*, 14(47): 17-30.
- Ortega Valcarcel, José (2000). *Los horizontes de la Geografía*. Barcelona: Ariel.
- Ricard, Marie-Andrée (2009). *Le paysage, entre mythe et visage du pays*. Mario Bédard (dir.), *Le paysage: Un projet politique* (pp. 15-26). Québec: Presses de l'Université du Québec.
- Simon, Jean-François (1995). *Rurbanisation et paysage*. Claudie Voisenat (dir.), *Paysage au pluriel : Pour une approche ethnologique des paysages*. Disponible en <https://books.openedition.org/editionsms/673>
- Steiner, F. (2011). *Landscape Ecological Urbanism: Origins and Trajectories*. *Landscape and urban planning*, (100): 333-337
- Troll, Carl (1977). *Landscape ecology (geoecology) and biogeocenology — A terminological study*. *Geoforum*, 2(4):43-46.
- Waldheim, Charles (ed.). (2006). *The Landscape Urbanism Reader*. Nueva York: Princeton Architectural Press.